

TEORIAS SOBRE EL ORIGEN DEL HOMBRE (1)

El origen del género humano ha constituido desde los tiempos más remotos un enigma que preocupó hondamente a los hombres, como lo prueba el hecho de que las tradiciones de casi todos los pueblos se ocupan de la primera aparición del hombre en la tierra. Con unanimidad se expresan estos mitos en el sentido de una creación espontánea de un ser superior, haciendo nacer al hombre o bien directamente como prole de la deidad o como producto de la mano creadora de la misma.

Cuando la ciencia abordó el problema surgieron casi inmediatamente dos hipótesis opuestas: La doctrina *monogenista*, según la cual todas las razas humanas derivan de un solo tipo primitivo y los «hominidae» representan en el árbol genealógico del mundo orgánico una sola rama, y la *poligenista*, según la cual las grandes razas humanas son especies distintas que han llegado en diferentes lugares y diferentes épocas de especies animales, a la «hominación», con los caracteres fundamentales que las distinguen actualmente. Estas dos doctrinas que parecen tan fundamentalmente opuestas y que quizás ni lo son, según la opinión de muchos antropólogos modernos, han repercutido no sólo en el mundo científico, sino también en el laico, produciendo disputas curiosas, como por ejemplo, la suscitada entre el gobierno norteamericano y el británico, en la mitad del siglo pasado, en el curso de la cual el ministro de relaciones exteriores de los Estados Unidos Mr. M. Calhoun, aducía el poligenismo como argumento para defender la legalidad de la esclavitud.

) Tema de Antropología para los exámenes generales.

Durante toda la antigüedad hasta después de los grandes viajes de exploración domina la monofilogénesis. Recién entonces aparece el poligenismo con aspecto científico, distinguiendo ya La Peyrère, un caballero protestante del ejército de Condé, en 1655 «pre-adamitas» y «adamitas», y basándose en la Biblia pretende demostrar que sólo el pueblo de Israel proviene de Adán y Eva, mientras que los otros hombres han sido creados al mismo tiempo que los animales en todas las regiones de la tierra habitable. Pero estas ideas de La Peyrère no tienen naturalmente, nada que ver con las de la antropología de hoy que entró en el siglo pasado en un camino completamente nuevo al cual la llevó el inmortal Darwin, consolidando con su teoría de la descendencia las doctrinas pronunciadas tímidamente ya algún tiempo antes, por otros sabios y acabando de una vez con el sistema antropocéntrico, estableciendo el origen zoológico del género humano.

Asignado al hombre su puesto dentro del desarrollo sucesivo de la vida orgánica en nuestro planeta, resulta que sus parientes más cercanos dentro del reino animal son los monos, y se puede suponer que, siguiendo la evolución de estas dos especies hacia atrás, se llegaría a un punto de salida común del ulterior desarrollo separado.

Los primates aparecen por primera vez al principio de la época terciaria, en el eoceno, en formas que se pueden considerar como los antecesores de los actuales lemurides, designados por eso «pseudo-lemurides» por Schlosser. Su evolución dura desde el eoceno inferior hasta el mioceno inferior, donde se encuentran los propios lemurides actuales. Haciendo caso omiso de algunas formas sudamericanas, cuyos hallazgos parecen pertenecer al eoceno superior, comienza la evolución de los verdaderos monos en el mioceno medio. En el mioceno superior aparecen los primeros representantes de los monos catarrinos, en el plioceno ya formas muy parecidas al orangután y chimpancé, y en el pleistoceno los actuales monos americanos.

Hoy se distinguen tres familias de monos, de las cuales dos, los arctopitecos y los platirrinos viven en Sudamérica. Estos monos deben haberse desviado del camino de la evo-

lución humana ya en tiempos remotísimos, como demuestran el estado primitivo lemuroideo de su dentición con tres premolares y la falta de un canal auditivo exterior óseo. La tercera familia, la de los monos del viejo mundo, los catarrinos, se divide en cinomorfos y antropomorfos. Esta división debe haber tenido lugar en el mioceno, apartándose los cinomorfos del desarrollo humano, lo que se manifiesta, a pesar de la concordancia de la fórmula dental, en la construcción de las coronas de los remolares y molares, la aparición de chapas esquiáticas, abazones, colas y la doble placenta.

Entre los antropomorfos se cuentan cuatro monos: el gorila, que habita en la costa occidental del Africa, el chimpancé, que se encuentra un poco más al este, el orangután y el gibón en el archipiélago Indico. Últimamente eliminaron algunos naturalistas al gibón de los antropoides a causa de su musculatura algo distinta.

En la isla de Madagascar existen todavía lemurides, semimonos, como signos vivientes del puente entre los monos americanos y los catarrinos.

Entre los monos, aún los antropoides y la especie «homo sapiens», en sus representantes más inferiores hay sin embargo una diferencia tan grande que es necesaria una forma intermedia, el famoso «missing link». Aunque algunos hallazgos fósiles, de los cuales los más famosos son los de Neandertal y de Trinil, difunden alguna luz sobre esta forma primitiva, queda siempre lugar a las más variadas hipótesis sobre la época de la hominación, el punto de partida y la división del género humano.

Como el número de razas oscila entre 2 a 15, según las diferentes opiniones, así también la época y el lugar de la hominación ha producido una infinidad de teorías, las cuales se inclinan parte al monogenismo, parte al poligenismo.

Según los Darwinistas, como Haeckel, se transformó una sola rama de los catarrinos, gracias a circunstancias favorables de la selección natural, en la forma madre de la especie humana. Esta transformación, que tuvo que ser de inmensa duración, tenía lugar en el Asia meridional o en un continente situado más al sud

y sumergido más tarde bajo las olas del Océano Indico, del cual quedó la isla de Madagascar, donde habitan los lemures como verdaderos antepasados del género humano. El tiempo, en que se efectuó esta transformación de los monos antropoides en los hombres más pitecoides fué probablemente la última subdivisión del período terciario, el plioceno o quizás el mioceno. La aparición del lenguaje ha tenido lugar después de la separación en varias especies, de las cuales las dos más desemejantes alcanzaron la victoria sobre las demás en la lucha por la existencia y engendraron a su vez todas las otras especies humanas. De ellas una estaba caracterizada por tener pelo crespo, la otra liso y se extendían respectivamente al sud y al norte del ecuador. La formación de las razas depende de los cambios del clima, de la habitación y del medio ambiente, por consiguiente, nunca es un producto simple, sino la resultante de dos causas: la raza primitiva y la naturaleza del medio ambiente.

Schoetensack adopta Australia como país de origen del hombre. Allí existía un gran continente que unía entre sí las islas como Borneo, Sumatra y Java, donde Dubois encontró el pithecanthropus, el cual no es antecesor directo del hombre, sino ya de los antropoides, como el orángután. Al final de la época secundaria se produjo la parcial sumersión del continente, quedando Australia como resto del mismo y en ella el antecesor humano, una forma de los primates de una inteligencia ya bastante desarrollada. El medio ambiente le era sumamente favorable, no existiendo ningún animal carnívoro peligroso ú otro adversario, sino principalmente animales vegetarianos, como el kanguro. La caza era por consiguiente fácil, máxime por existir un perro, el dingo, como único mamífero más elevado y compañero de caza. De esta raíz australoide se separaron mucho antes de la época cuaternaria las principales tres razas humanas: los europeos (blancos), los mongoloïdes (amarillos) y los negroïdes (negros), representando la población autóctona de Australia la primera escala del género humano.

Otra teoría monogenista es la de nuestro Florentino Ameghino, cuyo credo es en grandes líneas el siguiente:

Fundándose en los ya mencionados hallazgos de monos en Sudamérica, que parecen pertenecer al eoceno superior, como el homunculus, el anthropops y el pitheculus con su patria en la Patagonia, y en el gran número de caracteres comunes con el hombre que presentan, arguye que éste ha tenido su origen en la Pampa Argentina. A esta opinión le llevan también los fragmentos óseos encontrados en Monte Hermoso del denominado por él «Tetraprothomo argentinus», del «Diprothomo platensis» de Buenos Aires y del «Homo pampaeus». Y antes de la aparición del «Tetraprothomo» se desprendió de la línea de los homínidos la rama que originó los monos antropomorfos, pasando a fines del eoceno por sobre los últimos restos del «Arquelenis», un puente hoy sumergido entre Sudamérica y Africa, al viejo mundo. Allí los homínidos se «bestializaron» y originaron los monos antropoides actuales y fósiles, entre ellos los tipos de Heidelberg y Java. Probablemente a principios de la época pliocena pasó otra rama el puente guayano-senegalense, el «Homo afer», del cual descienden las razas afroasiáticas de la zona tropical. Por último se desprendió la rama que originó al «Homo sapiens», las razas cáucaso-mongólicas, como resultado de la evolución del «Homo pampaeus», la cual cruzó Norteamérica y se dividió luego en dos grupos, que tomaron caminos opuestos. Uno siguió hacia el norte y oeste invadiendo el Asia (la raza mongólica), el otro hacia el norte, y este poblando la Europa. Un grupo se aisló, degenerando y extinguiéndose (hombre de Neandertal, Spy, Krapiná, etc.), los demás se transformaron gradualmente hasta llegar a la perfección actual del hombre caucásico.

Esta teoría ha sido muy atacada y principalmente se ha negado que el femur y el atlas, sobre los cuales construyó Ameghino su «Tetraprothomo argentinus» pertenecen a la misma especie, atribuyendo Grandidier el primero a un semimono, como los lemures de Madagascar.

Por último hay una teoría monogenista sobre el lugar y la época de la hominación muy distinta de las arriba citadas, la de Wilser, el cual adopta como cuna de la humanidad el continente circumpolar «Holarctis», que unía en el mioceno a Europa con

América y cuyo resto es Groenlandia. Este continente tenía durante la época terciaria un clima muy benigno, parecido al de las regiones mediterráneas actuales. Allí se efectuó la transformación de los antecesores humanos en verdaderos hombres, explicándose la falta de descubrimientos palaeontológicos precisamente por estar estas regiones hoy cubiertas por el hielo eterno o el océano ártico. Las emigraciones se hacían al sud en diferentes épocas, penetrando poco a poco en todos los países accesibles, cual ondas producidas al arrojar una piedra al agua. Para apoyar su teoría plantea Wilser la siguiente ley de difusión:

«Contienen capas geológicas de la misma edad fósiles de desigual nivel evolucionista entonces los más recientes, de superior desarrollo, han quedado más cerca al centro de difusión, y si existen razas o especies al mismo tiempo fósiles y vivientes, los primeros están más próximos, tanto respecto al lugar como al tiempo, a la raíz común; de los vivientes los más atrasados en su desarrollo son los que se han alejado más de su cuna primitiva».

Por consiguiente quedaría rechazada la doctrina de un origen australiano del género humano, explicándose en cambio, que en los más extremos límites de la propagación orgánica se encuentran muchas de sus formas más atávicas y primitivas, como en Australia el cangurú, en Nueva Zeelandia el lagarto espinoso y el ave Kiwi, en Celebes el bisonte y el jabalí cornudo, en Madagascar el puerco espín y los lemures, en Sudafrica el tamandon y el gato de algalia, en Sudamérica los marsupiales y los pingüines. También existen allí las razas humanas más primitivas como los indígenas australianos, los weddas en Ceylon, los Toalas en Celebes, los Akkas y Hotentotes bosquimanos en Sudafrica, los Andamanesos, los Aetas en los Filipinos y finalmente los indígenas de la Tierra del Fuego.

Wilser pone en el principio de su árbol genealógico el «Pithecanthropus atavus» como común antecesor de los antropoides y de los hominoides. La primera onda de difusión muy remota llevó al sud-oeste al «Proanthropus neogaeus», demostrado por el atlas de Monte Hermoso, al sud-este al «Proanthropus

erectus», el hallazgo de Dubois, dos formas extinguidas. El verdadero antepasado humano, el «Proanthropus arctogaeus», parecido a los dos mencionados, no ha podido ser comprobado con restos fósiles por las razones ya expuestas. Después emigra la primera forma que merece, tanto por el caminar erguido como por su masa cerebral, el nombre de «Homo», denominado «Homo primigenius», también extinguido, cuyos testigos son los hallazgos de Neandertal, Spy y Krapina. Algunos restos de esta forma se mezclaron quizás con las formas más desarrolladas que aparecen muy pronto después, creando las razas inferiores en los extremos de la tierra poblada. Este pariente muy cercano del hombre primitivo europeo es la «raza de Grimaldi», los antepasados de los actuales negros (homo niger var. fossilis), con su rama mezclada con el «Homo primigenius» que forma el «Homo niger var. australis».

Muy superior por la forma de su cráneo y su cuerpo se presenta una raza que sigue más tarde como antecesor de los pueblos mediterráneos (homo mediterraneus var. fossilis), caracterizada por su ultra-dolicocefalia (hallazgos de Cannstatt y Mentone), y conservado en el Asia occidental y en el norte de Africa. Al mismo tiempo hay también una difusión de esta raza a América (hallazgos de Necochea), el homo pampaeus, cuyos descendientes forman las reducidas tribus de indígenas americanos dolicocéfalas.

Mucho más tarde, en la edad de piedra europea, aparece una forma branquicefálica (homo brachycephalus var. fossilis), cuya emigración se dirige principalmente al Asia (sive asiaticus); una rama va a la Europa central (homo alpinus) y otra a América (homo americanus brachycephalus), de la cual proviene la gran mayoría de los indígenas americanos.

Finalmente aparece una raza más desarrollada todavía (encontrada en Cro-Magnon), el «Homo priscus», del cual desciende la raza norte-europea actual (Homo europaeus). Esta última había llegado durante el período glacial en Europa a causa de la difícilísima lucha por la existencia, al mayor grado de la evolución humana. Al final de esta época volvió parte con el

reno en dirección al norte, formándose en Suecia el centro de difusión de las razas nórdicas.

Todas las teorías mencionadas hasta ahora se basan sobre el monogenismo. Sin citar otras de las muchas que hay todavía, dejaremos en las siguientes la palabra a los poligenistas:

Como paralela a la doctrina de Wilser es notable para ver a que curiosidades se ha llegado, la del Conde Bjoernstjerna, - un sueco de principios del siglo pasado. Apoyándose en las tradiciones como en los cantos santos de los antiguos indus, los vedas, y en las formaciones geológicas, dice que las regiones polares deben haber sido habitadas con anterioridad a las del ecuador, y supone dos razas primitivas: la raza blanca, en el polo norte y la raza negra en el polo sur.

Otra opinión es la de que las dos ondas más viejas de los antecesores humanos se hubieran encontrado en el ecuador, pereciendo ambas a la raza negra: del sud los verdaderos negros, del norte los Dravidas y sus parientes. Salta a la vista lo extravagante de esta teoría porque, ante todo, seres tan parecidos como los negros y los negritos tienen que ser forzosamente también de un mismo tronco. Además no es admisible que en dos separados centros de creación, bajo condiciones diferentes, la evolución humana hubiera alcanzado la misma altura y llegado a idénticos resultados, y el choque de las dos razas hubiera producido un terrible «struggle for life», en el cual una de las mismas, probablemente hubiera sucumbido.

Parecida a la teoría de Wilser es también la de Penka, el cual basándose en razones semejantes como aquel (que no es probable que la cuna del género humano haya estado en la zona tropical y que la difusión del mismo haya tomado el mismo camino como la cultura, del este y sud al oeste y norte, porque el hombre primitivo, trasladado a la naturaleza tropical, no hubiera tenido necesidad de evolucionar su inteligencia y habilidad, no habiendo una lucha por la existencia, demostrando la prueba al ejemplo la inferioridad de los actuales habitantes de las regiones tropicales), adopta la Europa central como el país de origen de las razas dolicocefálicas y el Asia central como el de las braquicefálicas. Al

principio de la época glacial huyeron los hombres primitivos europeos a continentes más favorecidos al sud y solo una pequeña parte se quedó, teniendo que soportar todos los rigores de la época glacial, a los que sobrevivieron solo los más aptos y fuertes. Al final de este tiempo siguieron algunos más al norte, a la Escandinavia, otros se dirigieron al sud, poblando los litorales del mediterráneo, de los cuales descienden los Iberos, Liguros, Pelasgos y Semitas, mientras que los Escandinavos son los padres de la raza indogermana. Esta avanzaba más tarde hacia el sud de Europa, a donde mientras tanto había llegado una parte de la forma braquicéfala, cruzándose con los pueblos mediterráneos. Los Indogermanos invadían victoriosamente las penínsulas europeas y adelantaban en dirección al este hasta el Irán y la India, llevando a estas regiones su cultura de la edad de piedra. América fué poblada por una inmigración de los Asiáticos por el estrecho de Behring.

Una de las más recientes teorías poligenistas es la del Dr. H. Klaatsch. Su idea es que primitivamente existía un grupo de primates, los cuales llama «Propithecantropi», y que tenían un parecido mayor con el hombre que los actuales antropoides. Estos propithecantropi engendraron a su vez varios grupos: el grupo Occidental Neandertal Gorilloíde; el grupo oriental Aurignac Orangoíde y quizás también grupos de otras razas junto con el chimpancé y el gibón. A este esquema llevó a Klaatsch la gran diferencia en las dos razas humanas diluvianas, la estructura grosera y sólida del tipo «Neandertal» y la esbelta y graciosa del «Aurignac» y la notable paralela que encuentra entre estas dos formas y los esqueletos de los dos más grandes monos antropomorfos, el gorila y el orangután. Estas dos ramas se separaron muy temprano del grupo primitivo de los primates, reuniendo el «Homo Aurignacensis», caracteres que se encuentran, parte en los europeos actuales, parte en los indígenas de Australia y parte en el orangután, y el «Homo Neandertalensis» otros también de los europeos modernos, de los australianos y del gorila. Estos dos grupos, de los cuales la cuna del primero era el Asia, la del segundo el Africa, se encontraron en la Europa central, mezclándose y produciendo

do la raza que está documentada por los hallazgos de «Hoher Fels»; así la humanidad se hubiera uniformado recién por una convergencia, teniendo los orígenes separados.

Algo parecida es la teoría de Vogt, pronunciada con anterioridad a la de Klaatsch. Según él no hay tronco común, ni una forma intermediaria única entre el hombre y el animal, sino series múltiples y paralelas, las cuales más o menos localizadas en unos puntos o en otros han podido desarrollarse paralelamente a la de los monos; para el hombre americano adopta un origen distinto de los monos de aquel continente. Como ejemplo cita el caso del orangután, que presenta el color amarillo rojizo y la cabeza braquicéfala como el malayo, mientras que el gorila y el chimpancé son negros y dolicocefalos del mismo modo como los negros. Estas características semejanzas parecen indicar un origen común de unos y otros, viniendo los dos de formas originarias iguales.

Finalmente menciona las teorías del Dr. W. Branca, el cual acepta dos razas primitivas diluvianas y desemejantes: la primera en el norte de Africa, Europa y América, la segunda en Sudafrica, Australia y Polinesia, y la del Prof. G. Sergi con cinco géneros humanos, dos extinguidos y tres vivientes, a saber. *Palaeanthropus* (Neandertal, Krapina, Heidelberg), *Archaeanthropus* (Necochea), *Notanthropus*, *Heanthropus* (Asia) y *Hesperanthropus* (América). El *Notanthropus* emigró de Africa central a Europa, encerrando su especie más importante, el «*Notanthropus euraficanus*» las siguientes variantes: el dolicocefalo «*Homomediterraneus*» y dolicocefalo «*Homo europaeus*» (anglo germano). La raza braquicéfala (*Homo alpinus*), mucho más difundida en Europa, inmigró del Asia.

Resumiendo los fundamentos, sobre los cuales están basadas las teorías mencionadas y considerando los otros principales puntos de vista de los dos bandos, se desprende que el monogenismo se apoya ante todo sobre las siguientes consideraciones:

1. Morfológicamente la semejanza en la estructura de los cuerpos humanos hace imposible suponer una pluralidad de orígenes, e impone derivación de una ascendencia común, aunque remota. Especialmente algunos detalles de la estructura son reveladores

en este sentido, como la forma del cerebro, la segunda dentición y la dentadura misma, la forma de la mano, del pie y de los labios, la aparición de pelo en el sobaco y en el pubis, y otros más.

2. Psicológicamente lleva a la misma conclusión la infinita fecundidad de los mestizos humanos, el experimento biológico más comprobante. Hasta animales tan semejantes como la cebrá y el asno producen sólo mestizos estériles, así que las diferentes razas humanas deben tener un parentesco mucho más cercano entre ellas que estas dos especies zoológicas. El método biológico de la reacción de sangre, empleado con mucho éxito por el Prof. H. Friedenthal ha comprobado además la absoluta unidad química de la sangre humana y que los tres grandes antropoides son parientes humanos en igual grado. Digna de ser citado es también la transmisión de enfermedades, el igual período de la menstruación, la misma duración del embarazo, el nacimiento generalmente de un hijo, la existencia de manchas de pigmento azulado en los recién nacidos de razas distintas, etc.

3. Finalmente prueba la unidad psicológica la aparición general del lenguaje articulado y el gran parecido en los procesos de la inteligencia, desde el empleo del hacha de piedra del hombre primitivo europeo como del Papua contemporáneo hasta las formas de la organización social, política y religiosa.

Los poligenistas contestan y rechazan estas consideraciones de la siguiente manera:

1. Los más antiguos tipos cuaternarios pertenecen ya a razas completamente diferentes, antecesores de la actual población dominante en cada región, lo que prueba que, a pesar de las mezclas, el tipo étnico ha quedado invariable. Como testimonio se citan los monumentos antiguos, principalmente las pinturas murales de los sepulcros reales en Tebas de la décimanovena dinastía. Estos cuadros que se han conservado con sus colores, demuestran, tomando en cuenta el estilo duro y la manera de representar los ojos de frente en la cara vista de perfil, que hace casi 4000 años existían ya cuatro grandes razas bien diferenciadas por los egipcios: los egipcios mismos de color moreno-rojizo, el pueblo de Palestina

de perfil aguileño y tez oscura, los negros de nariz aplastada y labios abultados y los libios de piel blanca.

2. Los cruzamientos, aunque fecundos, no son estables y no siguen a la formación de razas fijas mestizas como demuestra la estructura de las poblaciones de la Europa occidental (Francia, Alemania, Italia, España). Las razas mestizas se sostienen sólo gracias a una continua renovación de las mezclas y si son interrumpidas los mestizajes vuelven a uno de los tipos concurrentes o desaparecen.

3. Por último las más laboriosas y pacientes investigaciones respecto a una lengua primitiva de la humanidad han sido completamente infructuosas. Si no se quiere acudir a una explicación tan fácil y sencilla como la de la Biblia con la torre de Babel, hay que reconocer que haciendo un estudio retrospectivo de las lenguas conocidas, los más antiguos tipos de lenguaje que podemos alcanzar, no dan indicio alguno de haber sido uno de ellos el idioma primitivo del género humano.

Pero a pesar de estas disidencias aparentemente invencibles, hay sin embargo, un puente que quizás puede unir los campos enemigos, como ya se dió a entender al principio. Este puente tiende el transformismo mismo. Ningún monogenista podrá negar que los hallazgos fósiles más antiguos encontrados en Europa se distinguen principalmente por su gran dolicocefalia y la forma de la parte facial del cráneo de los mismos en Asia, pudiéndose del otro lado muy bien aceptar, remontando a una época donde fallan nuestros conocimientos, una forma común a las diferentes especies. Esta forma común indiferenciada engendraba en ella todos los caracteres que más tarde, bajo la influencia de los factores exteriores y, una vez puestos en el camino, por sí solo, producían organismos siempre más complicados y especializados, formándose así las diferentes grandes razas. De esta manera se reduce toda la cuestión a esto: ¿En qué estado de evolución se debe considerar al antecesor humano como digno de ser aceptado como perteneciente al género «Homo sapiens?» En general se le distingue de los antropoides ante todo por el andar erguido, por la mano, que por consiguiente se ha emancipa-

do de servir como medio de locomoción y se ha vuelto exclusivamente instrumento para asir, y por el extraordinario desarrollo del cerebro. Pero como se ve, toda la controversia se ha vuelto así de muy limitada importancia, variable según miras secundarias.

Lo único que no es discutible, es que, comparado aunque sea con los monos más antropomorfos, demuestra el género humano una organización tan unitaria, los separa un abismo tan profundo, que hay que aplaudir las palabras de Darwin à Lyell, que dicen así:

«Todas las razas humanas están tan infinitamente más cerca una de otra que de cualquier mono, que quisiera considerarlas todas con toda seguridad como descendientes de una sola forma primitiva».

JUAN PROBST.

BIBLIOGRAFIA

1. Boelsche, Wilhelm: Die Abstammung des Menschen.
2. Lampert, Prof. Dr. Kurt: Das Tierreich.
3. Mertens, V.: Weltgeschichte.
4. Meyer: Grosses Konversations-Lexikon.
5. Tylor, Edward B.: Antropología.
6. Kraemer, Hans: Weltall und Menschheit.
7. Buechner, Ludwig Dr.: El hombre y su lugar en la naturaleza.
8. Prochaska, Karl: Jahrbuch del Naturkunde 1913.
9. Prochaska, Karl: Jahrbuch der Naturkunde 1914.
10. Wilser, Ludwig Dr.: Menschwerdung.
11. Wilser, Ludwig Dr.: Tierwelt und Erdalter.
12. Wilser, Ludwig Dr.: Leben und Heimat des Urmenschen.
13. Branca, Dr. W.: Der fossile Mensch.
14. Schwalbe, G.: Die Vorgeschichte des Menschen.
15. Giuffrida-Ruggeri, Dr. V.: Homo sapiens
16. Ameghino, Florentino: Doctrinas y descubrimientos.
17. Quatrefages, Armand de: L'espèce humaine.